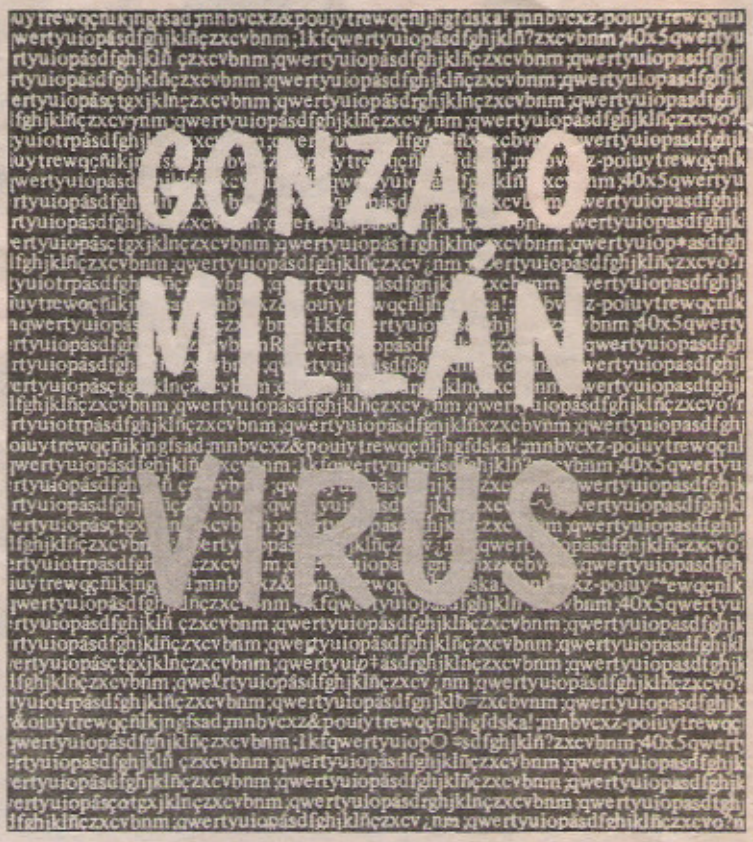
CRITICA LITERARIA

La obsesión de la escritura

Gonzalo Millán, Virus, Santiago, Ediciones Ganymedes, 1987. 77 páginas.



Más de quince años han trancurrido desde la publicación de la *Antología de la poesía chilena contemporánea*, preparada por Alfonso Calderón.

Selectiva, no acumulativa como tantas, el antologador, apostando a futuro, cerraba su trabajo con Gonzalo Millán, autor a la fecha de un solo libro, *Relación Personal*.

No se equivocó Calderón. En los años que han pasado, Millán ha desarrollado un coherente trabajo que lo inscribe entre los más destacados poetas chilenos e hispanoamericanos actuales. Delirantes apartes, así ha sido reconocido.

Once años separan el primer libro de Millán del segundo, *La Ciudad*, publicado en 1979. Para algunos puede parecer mucho tiempo, para esos que no quieren recordar.

Gonzalo Millán, como tantos, tuvo que ausentarse del país —por decirlo así— durante largo tiempo. Vivió en Costa Rica, el período más extenso en Canadá, después Europa.

En Canadá publicó *La Ciudad*, un extenso poema iniciado en septiembre de 1973 y terminado en noviembre de 1978, y *Vida*, libro antológico, quizás la mejor muestra de su poesía.

Seudónimos de la muerte fue el primer poemario de Millán aparecido en Chile después de su retorno en 1984. Comprende textos que dan cuenta de la represión y del exilio, sin tonos plañideros, y del reencuentro del amor, siempre conflictivo.

Se completa la mano

"Sin negar la continuidad de mi obra y sin afán gratuito de ruptura —la poesía será siempre para mí fundamentalmente concentrada intensidad y meticulosa atención al detalle— no quiero volver a vivir lo vivido ni volver a escribir como he escrito", dice Millán en la presentación de *Vida*. El término de esta "primera fase" de su trabajo poético lo constituye *Virus*. Con él se completa la *mano*; es el quinto.

Como en sus libros anteriores, hay también en *Virus* un tema central, no único. En este caso es la escritura misma, por lo tanto una forma de existir, de estar en el mundo. No es gratuito, entonces, el epígrafe que abre el volumen: "La palabra es un virus". Es de William Burroughs, el novelista *beat*.

Virus connota enfermedad, humor maligno, microbios, también fuente de algo difícil de eliminar. Para Millán el poeta es un virulento, porque pese a saberse contaminado no puede dejar de escribir, o lo hace justamente por eso.

"En realidad ya no escribo,
inoculo vocales, consonantes
de un alfabeto de microbios.
Vacuno con el virus
de la verborragia, el silencio".

Por eso, quizás, su mirada sea por momentos desoladora, traspasada de desconfianza hacia el acto de la escritura —*"Son cada vez menos las palabras/ que incrusta en el papel mi pluma"*, como también hacia la persona, no necesariamente real, del poeta: *"Son cada vez menos las palabras/ que salen de mi boca emobozada..."*. Ante este estado, la posibilidad del silencio siempre está presente.

En gran parte de estos poemas, Millán emplea la segunda persona del singular, creando una distancia con el sujeto de la apelación, que no es otro que el propio poeta que se ve constantemente increpado por el hablante: *"Vuelves las páginas/grises y pesadas/ como plomo/ de tanto estar/ en blanco, esperando/ en la penumbra dorada"*. Es la realidad de la hoja en blanco que lo agobia, pero también un leve sarcasmo antirromántico, de inspiración no vive el poeta.

El proceso mismo de la escritura conlleva la soledad —*"Infimo náufrago, solo/ tu soledad es inmensa"*- que va ampliándose hasta envolver al mundo que lo circunda. Sólo queda la certeza de la muerte: *"Un plazo. Dos fechas./ Conocida una, y la otra/ una cifra que ahora conjeturo"*. Muerte y deterioro son motivos recurrentes en estos poemas.

La conciencia de Milán de que está cerrando una fase de su trabajo queda en evidencia también desde el punto de vista de la forma. El poema breve es habitual en éste como en sus otros libros —*"ha sido nuestro caballito de batalla"*— , pero ahora es necesario dejarlo: *"Desmóntalo antes que se te muera"*. Ha perdido su eficacia, son demasiadas las montas.

Habrá que ver, entonces, en qué y hacia dónde cabalgará Gonzalo Millán en el futuro. Si esta etapa ha sido redonda, tanto en su propuesta como en su realización, no hay que temer por lo que se avecina.

Al contrario, sólo hay que esperar.

MARIANO AGUIRRE